

Tribuna abierta

El derecho a decidir

POR Koldo Mediavilla



Es necesario incidir en la importancia que tiene que mañana ejercitemos nuestro derecho a voto. Estamos ante un momento crucial en la vida de este país. Y la seguridad está salvaguardada con las medidas previstas por las autoridades sanitarias. En su momento, quedarnos en casa propició parar la proyección de la pandemia, el inicio de una recuperación, de volver a poner el país en pie. Mañana, quedarse en casa no es una alternativa responsable

La culpa de todo siempre es de los demás. En todo momento hay alguien al que endosar el debe en esta vida. Con rigor o sin él. Eludir responsabilidades, escurrir el bulto, es el deporte nacional en este país. Y todos, en mayor o menor medida, lo practicamos. Es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio, sobre todo cuando la imputación de un fracaso se hace intencionadamente para provocar el desgaste o pérdida reputacional de alguien al que se quiere mal. La culpa fue del "cha-cha-cha". O de la suerte, buena o mala. Hasta de la climatología. La especie humana, y de manera especial los neandertales escasamente evolucionados, es, somos, unos artistas a la hora de encontrar causas en las que esconder nuestros propios fracasos. Que el coronavirus rebrote en determinadas partes de nuestro territorio evidencia que las medidas de control establecidas por las autoridades sanitarias no se están cumpliendo. No que hayan fallado. Quienes hemos fallado hemos sido las personas que hemos relajado nuestros hábitos individuales obviando que la pandemia no ha desaparecido y que la enfermedad sigue latente entre nosotros. Basta mirar alrededor para cerciorarnos de que hay una parte de la gente, no sé si mucha o poca, que aplica las medidas preventivas contra el contagio de manera laxa. Actuamos como *mediopensionistas*. Con firmeza intermitente y, en cuanto podemos, pretendemos volver a la libertad en la que vivíamos tiempo atrás y que añoramos con ansiedad. En ese afán de recuperar el modo de vida pasado, a veces, perdemos la perspectiva de los sacrificios que hemos padecido y el alto coste en vidas humanas que la infección global nos ha generado. Cada vez más tengo la sensación, a tenor de las conductas que se observan, de que una parte de nuestra población posee *memoria pez*, o, en su caso, padece de *amnesia selectiva*.

Otra porción, que no soy capaz de cuantificar, actúa a conciencia. Son conscientes de la irresponsabilidad de su comportamiento pero les importa un huevo, con perdón, que propicien una extensión de coronavirus. Se trata de gente insolidaria que no ha tenido en su entorno ni enfermos ni víctimas y que, además, se cree inmune, por lo que se pasa las recomendaciones sanitarias por el forro de sus caprichos. Sé que generalizar es injusto, pero mi impresión particular me indica que hay una parte de la juventud de este país (no sé si mucha o poca gente) que pasa de recomendaciones ya que su prioridad de disfrute está por encima de cualquier otra cuestión. Y esta sensación me apena mucho. Digo todo esto porque, hastiado de tanta insensatez, me permití llamar la atención el pasado día a un nutrido grupo de jóvenes que enfrascados en sus cosas se manoseaban, jugaban y relacionaban sin mascarilla, distancia, ni medida de contención alguna. Eran niños y niñas que se comportaban como si estuviéramos viviendo en una sociedad en la que nada hubiera pasado de un tiempo a esta parte.

No reproduzco la respuesta que obtuve a mi requerimiento de que utilizaran la mascarilla porque, a pesar de lo malhablado que

me considero, su respuesta me escandalizó. Solo una joven, con cierto aire de culpabilidad atenuada por la conducta grupal, supo aclararme que "con el calor que hace, la mascarilla resulta incómodísima". "Espero -le dije desde mi cabreo patriótico- que, si por desgracia necesitaseis que os metieran un tubo por la tráquea supieseis diferenciar qué resulta más incómoda; la mascarilla o la respiración asistida". La respuesta del rebaño fue irreproducible y mi encabronamiento también.

Mi experiencia no relata un estudio sociológico ni obedece a una observancia empírica de un fenómeno. Es fruto de una situación esporádica vivida de manera subjetiva. Desconozco si la falta de observancia de las medidas sanitarias recomendadas obedece al comportamiento de una mayoría o si, por el contrario, solamente tiene lugar en la indisciplina de grupos aislados. Pero me preocupa que, aún siendo exigua tal irresponsabilidad, termine por contaminarnos a todos y una nueva ola de contagios nos someta a otra crisis sanitaria con las consecuencias que ello tendría en una población exhausta y con un colectivo, el sanitario, al límite de la resistencia. Por no hablar del tiempo que nos costaría salir del pozo inducido de pobreza y depresión.

La observancia de los criterios preventivos

no es simple cumplimiento de la legalidad. Es mucho más. Y de mayor trascendencia que una jornada de playa, una cena con los amigos, la celebración de un éxito deportivo o social o el comienzo de las vacaciones. A todos nos gustaría disfrutar de esos momentos que demuestran con profunda nitidez que la felicidad es efímera y que está conformada por pequeñas sensaciones irremplazables que en la "normalidad" despreciaríamos pero que en ambientes extraordinarios suponen tesoros que nada tienen que ver ni con el dinero ni con el poder.

¿Y si todo eso se quiebra? ¿Y si la ilusión se pierde, como diría amama Teresa, por "nuestra mala cabeza"? Seguro que encontraríamos alguien a quien echar la culpa. Siempre lo hay. Aunque sea el maestro armero o Rita la pollera.

El alcalde de Ordizia, Adur Ezenarro, lo ha encontrado rápidamente. Los "de arriba" que no informan. Le faltó decir que la culpa la tiene Urkullu. ¡Qué fácil es tirar la piedra y esconder la mano!

No creo que sea bueno entrar en una pugna por repartir responsabilidades porque en el lío no hallaríamos nada positivo. Pero cuando alguien pretende lavarse las manos y responsabilizar a los demás de las "gra-



ves" consecuencias que podría tener la decisión del Gobierno vasco de permitir acudir a las urnas este domingo a las personas confinadas y no positivas de covid-19, debería aportar medidas que personalmente estaría dispuesto a asumir y promover para que tal hipótesis no se produjera. No ha sido así. El primer edil, con la inestimable asistencia de su partido —EH Bildu— ha insistido en abonar la tesis de la sospecha respecto a las elecciones (no se dan las condiciones sanitarias ni democráticas) a pesar de que la Junta Electoral validara, en respuesta a un recurso de los de Otegi, las medidas adoptadas por las autoridades sanitarias "para garantizar el derecho a la salud y a ejercer el derecho a voto en Ordizia y la comarca".

Resulta fácil poner el grito en el cielo, culpabilizar a los demás de lo que pase, olvidándose, por otro lado, de que fueron él mismo y la corporación municipal que preside quienes permitieron la apertura de establecimientos de ocio hasta altas —muy altas— horas de la madrugada contraviniendo lo previsto en el decreto de "nueva normalidad" establecido por el Gobierno vasco tras la desaparición de la emergencia sanitaria. De esa laxitud en los horarios de ocio, probable foco de encuentros desregulados, nada dice el alcalde de EH Bildu sin que por ello se le pretenda responsabilizar del brote epidémico surgido en un bar de la localidad de Goierri.

No es mi interés incidir en ese aspecto porque creo que tampoco aquí vale lo del "tú más" y mucho menos cualquier intento de carroñería política como otros sí han hecho con la pandemia, con Zaldibar u otras desgracias.

Las dificultades que se observan para disciplinar una conducta colectiva a través de las restricciones no son plato de buen gusto para nadie. Pero la seguridad de las personas, la de todos nosotros, nos obliga a abandonar la demagogia y, sobre todo, a que nadie instrumentalice la batalla contra el virus atemorizando a la gente e imputando a los demás oscuras premoniciones. No hay mayor factor motivador de la conducta humana que el miedo y quien lo utilice como factor de ganancia política se convertirá en miserable.

Dicho todo esto es necesario incidir en la importancia que tiene que mañana ejercitemos nuestro derecho a voto. Estamos ante un momento crucial en la vida de este país. Además, la seguridad está salvaguardada con el cumplimiento de las medidas previstas por las autoridades sanitarias. Votar será tan seguro para nuestra salud como acudir al supermercado, tomar un café en una terraza o pasear por la playa o el monte. Idénticas garantías, pero mucho más importante. No votar

será escurrir el bulto. En su momento, quedarnos en casa propició que parásemos la proyección de la pandemia. Fue el inicio de una recuperación. De volver a poner el país en pie. Mañana, quedarse en casa no es una alternativa responsable. Lo auténticamente responsable es ejercer nuestro derecho a decidir. Libre y democráticamente. ●

* Miembro del EBB de EAJ-PNV

Colaboración



Gernikako arbola

POR Gontzal Mendibil



ESTAMOS en el bicentenario del nacimiento de Iparragirre, autor de la mítica y simbólica canción *Gernikako Arbola*, cuyo significado para los vascos es esencial. Sabido es que Gernika fue destruida por el simbolismo que tenía para los vascos y por la proclama y expansión de nuestras libertades hacia el mundo. Posiblemente sea una de las canciones que mayor consenso obtenga entre diferentes.

Como muchos saben de mi predilección hacia el bardo de Urretxu y a sus canciones y de mi propensión a *Gernikako Arbola* como himno de los vascos, hay quienes me han preguntado "tú, que eres seguidor de Iparragirre... ¿qué te parece la escenificación de Pablo Casado e Inés Arrimadas presentes al son del *Gernikako Arbola*?" "El que calla otorga", dice el conocido refrán, pero hay quien dice en un tono jocoso popular: "El que calla jode al que habla". Así pues, aunque el silencio es una opción, doy mi opinión de que en el acto bajo el árbol de Gernika no hay ninguna inocencia como tampoco la hay en ninguna puesta en escena de cualquier acto político.

Es evidente que nadie debe patrimonializar ni la canción *Gernikako Arbola*, ni el euskera, ni Euskadi ni el árbol de Gernika, que es de todos: así como que la libertad de expresión es sagrada. Pero todo decir que el sentir de esta canción no simboliza solamente el resguardo o proclama de los fueros vascos, sino que es la viva expresión de un pueblo en pos de sus libertades, símbolo de fraternidad y hermandad entre los vascos, símbolo de unidad, sí, de esa gran Vasconia que incluye a los navarros pero

que nos han querido alejar los que paripeaban pero no cantaban el *Gernikako Arbola*. Digámoslo sin reparos: el *Gernikako Arbola* ha sido el himno de todos los vasconavarros y así fue recogido en la literatura, en los cancioneros y en las partituras durante más de un siglo. Tuvo carácter oficial y, sobre todo, un respaldo popular como pocos pueblos han podido ofrecer a su himno más representativo. El himno se convirtió en la encarnación de los Fueros y de la unidad de Vasconia, de Euskal Herria. Una unidad alejada de toda tentación aislacionista, compatible con una concepción universal y humanista de lo vasco.

"Gernikako Arbola, da bedeinkatua, euskaldunen artean, guztiz maitatua. Eman da zabal zazu, munduan fruitua, adoratzen zaitugu, Arbola Santua".

Si nos remitimos a su historia y su simbolismo, no hay duda de que es amplia y variada, pero suena esperpéntico y raya en lo ridículo que si el autor de *Gernikako Arbola* abogaba por la unidad de los vascos y concebía Navarra como la cuna del alma vasca. "Laurak batean", los que abogan por esa gran España uniforme tomen el símbolo de lo vasco para hacer de ello un paripé.

"Zorioneko batasunean, Nafarrak, gure anayak, bizi dirade lege onean Gaur guztiz gizon ernayak, guregatik on, esango badu etorkizunak kondairak, Laurak bat beti maite alkartu. Izan euskaldun leyalak".

("Los navarros nuestros hermanos, viven hoy, en buena ley, hombres bien despejados en afortunada unión; bien por nosotros. Si lo dirá el futuro, la historia. Querred siempre unidos, sed vascos leales", escribió Iparragirre). Qué falsa es la política, que diría alguno; o, quizás, qué oportunistas son los agentes políticos que miran mas la forma que el fondo y que aprovechando la inmediatez del momento son capaces de convertir lo serio en frívolo.

"De este canto patriótico creado por un

poeta en honor del árbol de las libertades vascas, el pueblo de las siete provincias ha hecho espontáneamente el himno nacional de los vascos", escribió Davant.

Desde su afianzamiento del marco constitucional, ojalá se integraran en la cultura vasca y en el euskera y ojalá comprendieran por efecto de la música algo del espíritu vasco, pero da la impresión de que es puro protocolo y aprovechar la ocasión para la obtención de unos cuantos votos. La libertad de expresión es sagrada, también el sentimiento es sagrado y mueve montañas. El sentir mayoritario de los vascos es cual es y hay hechos que son eternos, el tiempo vuelve una y otra vez a plantear la realidad y, desde la apertura democrática, la ley habrá de estar al servicio de los ciudadanos y no al revés.

Cuando Iparragirre acuñó a mediados del siglo XIX su *Gernikako Arbola*, dio nombre y sentido a algo que estaba en el corazón de las personas; cuando Sabino Arana teorizó y dio forma y contenido al nacionalismo, era reflejo de lo que vivía. Cuando Picasso pintó el *Guernica*, hizo arte de la angustia que allí se vivió.

A decir verdad, casi nada se inventa, todo viene por un sentir, por un vivir y por una necesidad de plasmar lo que se vive: es la razón del sentimiento. Somos lo que sentimos y es lo que nos mueve. Y desde ese sentir muchas son las poesías, canciones que hacen referencia a la tierra, al sentir topográfico. En este caso a *Eusko lurra, Euskal Herria*, canciones que perduran y que almacenamos en la memoria, como el *Gernikako Arbola*. Y desde se sentir, me reafirmo en afianzar y expandir nuestra cultura y aplico aquello que hace ya mucho plasmara nuestro bardo Iparragirre: "Eman ta zabal zazu munduan fruitua" ("Esparce tu fruto por el mundo"). ●

* Músico